

Desaparece el último representante de la escuela de Barcelona

Crítico, irónico y sentimental

El poeta fallecido trasladó su compromiso ideológico y ético a la militancia antifranquista y a una poesía social

BARCELONA. (Redacción.) — “Yo no he venido para llorar sobre tu muerte, sino que alzo mi vaso y brindo por tu claro camino y por que siga tu palabra encendida.” Son palabras pronunciadas ante la tumbada de Machado en Colliure por José Agustín Goytisolo, que ayer desapareció de escena con el mismo gesto que antes hicieron sus amigos de generación Alfonso Costafreda y Gabriel Ferrater o su admirado Cesare Pavese.

Nacido en Barcelona en 1928 de una familia vasco-cubana, su infancia quedó marcada por la muerte de su madre en la Gran Vía durante un bombardeo de la aviación franquista. “Dicen que soy raro. ¿Cómo quieren que sea?”, comentaba el poeta, que vivió el trágico episodio con sólo diez años. Su madre se llamaba Julia y su nombre quedó proscrito en la casa de la calle Pablo Alcover (Tres Torres) hasta que José Agustín lo recuperó cuando nació su hija. A Julia Gay, su madre, está dedicado el primer poema que publicó, “El retorno”, accésit del premio Adonais de 1953.

Juan Goytisolo ha narrado en sus libros la historia familiar y José Agustín lo hizo a su manera en “Las

horas quemadas”. Era el mayor de los tres hermanos Goytisolo —José Agustín, Juan y Luis—, todos escritores. Expulsado de los jesuitas —junto a Joan Raventós, ahora presidente del Parlament—, siguió estudios en La Salle hasta iniciar la carrera de Derecho. En la Universidad sufrió la violencia de los miembros del SEU y fue expedientado por las autoridades académicas por su in-

*José Agustín Goytisolo
osciló entre la poesía
satírica y política y versos
más intimistas
y sentimentales*

tensa actividad antifranquista vinculada al PCE, lo que motivó su traslado a Madrid. Allí conoció a Emilio Lledó, José Ángel Valente y Ángel González. En Barcelona ya había entablado amistad —se reunían en el Bar Cristal, junto a la plaza Molina— con Castellet, Gil de Biedma, Gabriel Ferrater, Alfonso Costafreda, Carlos Barral... que forma-

ron, con Caballero Bonald, Claudio Rodríguez, García Hortalano, Juan Marsé o Francisco Brines el llamado grupo de los 50.

José Agustín Goytisolo ganó pronto los premios, Boscán (1956) y Ausiàs March (1960). Llevó a su poesía su militancia antifranquista —solía evocar una cicatriz en la mandíbula originada por una bala, un repetidor de TVE dinamitado cuando se retransmitía un Barça-Madrid, la convocatoria de la Asamblea de Catalunya...— y fue particularmente celebrada en la época su sátira contra los poetas oficiales que el llamó “Los celestiales”, abanderados por García Nieto.

El grupo logró imponer su estética mediante las editoriales, revistas, antologías y premios y revistas que controlaron. El compromiso político, un realismo matizado por la visión irónica, el tratamiento directo del amor sin mojigaterías fueron algunos de los elementos comunes. Una estética que aún es hegemónica en la poesía española de hoy.

El grupo barcelonés, que formó el núcleo de la llamada “gauche divine”, no sólo renovó la poesía de su época, sino que impuso un estilo de vida —cosmopolita, corrosivo y



RAFAEL BOSCH

José Agustín Goytisolo

OPINIÓN

Entre la elegía y el compromiso

Goy P/1947

No deja de ser significativo que entre las palabras claves de José Agustín Goytisolo se encuentren “ausencia” y “retorno”, casi podría decirse un retorno de la ausencia o a la ausencia que se inicia con su primer libro titulado precisamente “El retorno” (1955), para mí su libro más hermoso y en el que se confirma y desmiente todo lo que ha sido el poeta, que es mucho, y todo lo que bienintencionadamente se le ha atribuido. Y que se enlaza con otro poemario de título no menos significativo, “Final de un adiós”, editado en 1994. “Tu ausencia y tu recuerdo / siguen aquí”, nos dice en su primer libro. “Y desde aquí pienso en la muerte / en lo que puede haber detrás / del gran hueco de la palabra”, nos dice cuarenta años más tarde.

A José Agustín Goytisolo lo identificamos con la generación de escritores que vivieron la guerra como una experiencia de la infancia. En su caso, una experiencia marcada por la muerte de la madre. Lo que tal vez explique que se fundan en él el sentimiento de orfandad, vacío, angustia ante la muerte, con el sentimiento de

protesta ante la injusticia, de identificación con los vencidos y humillados y, asimismo, la convivencia de un optimismo que nace de la solidaridad y un pesimismo que nace de su mundo personal. Una convivencia —no una contradicción— bellamente dicha en el poema dedicado a su hija “Palabras para Julia”: “Tu destino está en los demás / tu futuro en tu propia vida”, sin ignorar que, apenas nacer, “la vida ya te empuja / con un aullido interminable”.

La clave de la poesía de José Agustín Goytisolo se encierra en sus tres primeros libros, el ya mencionado “El retorno”, con un dominio de la voz elegíaca, “Salmos al viento”, identificado con la poesía social y en el que expresa otra de sus voces más eficaces, la sarcástica, y “Claridad”, fuertemente reflexivo y autobiográfico. Como poeta de la angustia ante la destrucción de un mundo y de su mundo, está, por encima de muchos, “Donde tú no estuvieras”. Como poeta social, “Los celestiales” es el poema canónico por excelencia. Entre la elegía y el compromiso, José Agustín Goytisolo ha sido asimismo el poeta del amor a las mujeres, de la

amistad, de la familia, el poeta que reflexiona sobre la palabra poética y el poeta de la palabra hecha canción, como lo testimonian su estrecha relación con Paco Ibáñez o su libro de canciones “Palabras para Julia”. Como sus compañeros de generación, a la conciencia cívica añadió un sofisticado conocimiento de la poesía, desde los clásicos a la vanguardia. Hay que mencionar su familiaridad con la poesía italiana, con las excelentes traducciones de Quasimodo o de Pavese, de la poesía catalana, con su homenaje poético a Carles Riba o su traducción de Salvador Espriu, y el estrecho contacto con la poesía y los poetas de América Latina.

Finalmente, José Agustín Goytisolo pertenece a una generación que vivió tan intensamente la vida como la literatura. Exaltación y derroche. Y así se acercaron a la muerte Jorge Folch, Alfonso Costafreda, Gabriel Ferrater, Carlos Barral o Jaime Gil de Biedma, el grupo de escritores que destituyeron la poesía mientras entraban, con desesperación romántica, en el reino del mito.

J. A. MASOLIVER RÓDENAS

Devolver el lenguaje a la gente

Goy P/1948

Los inicios de la obra poética de José Agustín Goytisolo se sitúan en la segunda mitad de la década de los cincuenta, cuando la poesía española se debatía entre dos tendencias antagónicas: una poesía oficialista pertrechada en la temática religiosa y en una estética falsamente renacentista y una política reivindicativa y social, anquilosada ya por un tratamiento excesivamente pedagógico del poema. Junto a autores como Ángel González, José Manuel Caballero Bonald o el primer José Ángel Valente y, más estrechamente, con Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma, con los que constituiría el llamado grupo de Barcelona, Goytisolo contribuyó decisivamente a la superación de la poesía social, dando entrada a una épica de tono menor donde lo cotidiano y lo sentimental trazaban la dimensión moral del hombre común, del ciudadano aún inexistente en plena dictadura.

En 1955 publica su primer libro, “El retorno”, donde a través de la evocación de la infancia y de la figura de su madre, Julia Gay, presente en toda su producción, profundiza en la

vivencia afectiva de la Guerra Civil compartida por toda su generación. Le seguirán títulos como “Salmos al viento” (1958) y “Claridad” (1961), recogidos en “Años decisivos” (1961), libros en los que aparecen ya las constantes de su poesía, caracterizada fundamentalmente por una postura cívica a la vez que desengañada, la utilización de referencias a la cotidianidad del hombre de la calle y una nueva sentimentalidad. Pero es sobre todo el tratamiento irónico de todos estos materiales lo que caracteriza e individualiza la poesía de Goytisolo, una ironía de amplio registro, que va del sarcasmo corrosivo de los poemas de trasfondo social al guiño cómplice de los poemas más sentimentales. “Bajo tolerancia” (1973) o “Taller de arquitectura” (1977) siguen explorando esa cotidianeidad crítica desde la que el poeta se alza como el referente cercano desde el que construir una moralidad al margen de los prejuicios establecidos. Usando siempre un lenguaje sencillo que jugaba con los estereotipos sociales, quiso devolver el lenguaje a su “auténtico dueño”, como señala en “El oficio del poeta”, uno de sus

poemas más conocidos. Y sin duda lo consiguió con “Palabras para Julia”, el libro al que puso música Paco Ibáñez y que se convirtió en todo un canto a la vitalidad.

Poesía también arraigada a su entorno más inmediato, la ciudad de Barcelona, presente ya en “Taller de arquitectura” y protagonista absoluta en su “Novísima Oda a Barcelona”, donde supo combinar la descripción elegíaca a través de varias generaciones con la crítica ideológica presente siempre en su obra.

Su última etapa combinó una poesía de corte epigramático, fuertemente referencial e inconformista, con libros de hondo tono elegíaco, entre los que cabe destacar “Como los trenes de la noche” (1994), donde hacía balance de una vida y una obra vividas con plenitud moral y sentimental y cuyos últimos versos, acaso premonitores de su final, eran una invitación a afrontar el final del trayecto que representa toda vida con entereza y decisión, ya que: “La luz que huye es más hermosa / cuando el ave la sobrevuela”.

SANTIAGO MARTÍNEZ

humorístico— que contrastaba vivamente con los hábitos que a la sazón se aún estilaban de Madrid.

A diferencia del anglófilo Gil de Biedma o del francófilo Barral, José Agustín estaba más cercano a Dámaso Alonso, Machado, Neruda y a poetas como Pavese, Pasolini, Quasimodo, Montale, Ungaretti o Kavafis. También destacó en la difusión de la poesía catalana en el resto de España por medio de sus traducciones (desde Carles Riba a Maria Mercè Marçal).

José Agustín Goytisolo formó parte del Taller de Arquitectura que reunió a poetas, arquitectos, urbanistas, sociólogos y miembros de otras profesiones en torno a Ricardo Bofill. El objetivo era buscar una arquitectura vinculada a las necesidades materiales y culturales del hombre actual.

Palabras para Julia

El poeta obtuvo su mayor popularidad cuando Paco Ibáñez decidió musicar el poema “Palabras para Julia”, dedicado a su hija.

Entre su bibliografía, además de “El retorno”, destacan “Salmos al viento” (1957), “Claridad” (1960); “Años decisivos” (1961), “Algo sucede” (1968), “Bajo tolerancia” (1974), “Taller de arquitectura” (1974) y “Del tiempo y del olvido” (1975). También ha publicado “Antología de poetas catalanes contemporáneos” (1969) y “Nueva poesía cubana” (1972). En 1980 publicó “Los pasos del cazador”, un libro de poemas en el que el autor ofrece su propia filosofía y a finales de esa década escribió “El rey mendigo”, obra finalista en el Premio Nacional de Literatura de 1989.

Tras permanecer varios años de silencio poético, interrumpido por las reediciones revisadas de títulos anteriores, publicó en 1992 dos poemarios: “La noche le es propicia”, una historia de amor en 40 poemas dedicado a la memoria de Pedro Salinas, y “Novísima oda a Barcelona”, 700 versos que reconstruyen la historia y el paisaje de esta ciudad desde el siglo IV hasta el año 2010.

En los 90 realizó una serie de recitales con Paco Ibáñez que les llevó a Málaga, Barcelona, Puerto Rico, Nueva York, Madrid y Sarajevo. En 1995 publicó los epigramas de “Cuadernos de El Escorial”.